



**Conferencia de las
Naciones Unidas sobre
Comercio y Desarrollo**

Distr.
LIMITADA

TD/L.353
1º de mayo de 1996

ESPAÑOL
Original: INGLÉS

Noveno período de sesiones
Midrand (Sudáfrica), 27 de abril de 1996

DISCURSO DEL SR. RUBENS RICUPERO, SECRETARIO GENERAL DE LA
UNCTAD, AL NOVENO PERIODO DE SESIONES DE LA CONFERENCIA DE
LAS NACIONES UNIDAS SOBRE COMERCIO Y DESARROLLO,
EL 30 DE ABRIL DE 1996

Hay momentos en que el hombre debe renacer si quiere salvarse. Lo mismo sucede con las instituciones y también con las naciones. Por ello no podía haberse elegido un lugar mejor que Sudáfrica para la UNCTAD en el día de su renacimiento.

Al acercarse penosamente a su fin este siglo tan lleno de brutalidades, lo que está sucediendo aquí restablece nuestra fe en la fraternidad humana, y en el poder del espíritu para curar y olvidar.

Sudáfrica es nuestro único consuelo de las matanzas de Bosnia y Rwanda. Es prueba viva de que aun en nuestra época existen milagros de paz y reconciliación.

Somos contemporáneos de Hitler y Eichmann, de Stalin y Beria, pero podemos decir con orgullo, que también somos contemporáneos del Presidente Nelson Mandela, cuya generosidad y cordial sabiduría hicieron posible este milagro.

Por el honor de compartir con vosotros este momento singular y

TD/L.353

página 2

privilegiado de vuestra historia y de la historia humana, damos las gracias al Gobierno y al pueblo de Sudáfrica, cuyo ejemplo nos animará para no ser menos audaces en el intento de recrear nuestra asociación y no menos acertados al dar luz a una nueva institución.

ZA.96-55164 (S)

Como señaló el Secretario General de las Naciones Unidas, el Dr. Boutros Boutros-Ghali, en su competente resumen de las dos mesas redondas de alto nivel celebradas el sábado, la globalización y la unificación de los mercados son "una realidad nueva e irreversible". A mi juicio, es la culminación de un largo proceso histórico de contactos y de unificación de culturas y civilizaciones que comenzó en el siglo XVI con lo que más tarde dio en llamarse la "Edad de los descubrimientos".

¿Cómo promover el crecimiento económico y el desarrollo sostenible en el marco de estas dos realidades generalmente aceptadas? Hay que encontrar la manera de aprovechar las oportunidades que surjan y de trabajar juntos para aminorar los grandes riesgos que dimanan de esos fenómenos, en particular para los más vulnerables. Este es el principal reto que afrontamos en este noveno período de sesiones de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo.

Pero naturalmente tenemos además un segundo reto importante, a saber: determinar el futuro papel de la UNCTAD como instrumento para el logro de estos objetivos. Pese a sus 32 años de servicios a la causa del desarrollo económico equitativo, y pese a los múltiples logros que la UNCTAD tiene en su haber, la única justificación de la UNCTAD para seguir existiendo es que continúe siendo útil y aportando contribuciones prácticas para los Estados miembros. Por consiguiente, el éxito de la Conferencia consistiría en que ustedes, como accionistas míos, si se me permite una metáfora mercantil, establezcan una UNCTAD remodelada y revitalizada, que pueda aún servirles mejor en los próximos años.

Como saben, teniendo presente este objetivo, comenzó a principios de este mes una reorganización general de la secretaría: nueve divisiones se refundieron en cuatro, creando núcleos de trabajo destinados a promover sinergias entre los distintos ámbitos de actividad, y al mismo tiempo se

redujeron drásticamente las estructuras de apoyo burocrático. Permítanme destacar que esta reestructuración no ha sido impulsada por la crisis financiera de las Naciones Unidas, sino por el deseo de actualizar la UNCTAD, a fin de reflejar los múltiples cambios ocurridos en la escena mundial en los últimos años.

Así pues, la tarea de ustedes será dar vida al nuevo órgano que se está forjando, determinando las prioridades y los programas de trabajo futuros de la UNCTAD y buscando la manera de que los "nuevos agentes" dinámicos -empresas privadas y elementos de la sociedad civil- encuentren su función en el desarrollo. Hay muchos detalles importantes de la reestructuración que inevitablemente deben esperar al resultado de esta Conferencia. Pero, después, la nueva estructura deberá ponerse en marcha lo antes posible con la necesaria flexibilidad y apertura de ideas para hacer las adaptaciones que exija la realidad. Naturalmente, aceptamos complacidos todas las sugerencias e ideas sobre la mejor manera de alcanzar nuestros objetivos compartidos que son mejorar y hacer más eficaz la organización.

Para que la Conferencia tenga éxito se requiere también revisar el mecanismo intergubernamental. La Junta de Comercio y Desarrollo comenzó bien esta tarea en su 18ª reunión ejecutiva en diciembre de 1995. Creo que hay un considerable grado de consenso entre los Estados miembros sobre la dirección en que desearían avanzar a este respecto. Ahora bien, deben concluir la tarea para asegurar que todo el mecanismo de la UNCTAD esté plenamente en funcionamiento poco después de que se clausure la Conferencia el 11 de mayo. Para que esto suceda, la Conferencia debe examinar con detalle cuestiones tales como el mandato de los órganos intergubernamentales.

Concluyo estas observaciones preliminares: la Conferencia debe fijar claras prioridades para los próximos años. Al hacerlo, huelga decir que la fijación de prioridades no debe ir en detrimento del mandato general de la

UNCTAD en materia de comercio y desarrollo. Sin una visión global, es decir, analizando los fenómenos subyacentes a los complejos fenómenos económicos y emprendiendo estudios empíricos de acertadas experiencias de desarrollo, la UNCTAD no podría ofrecer asistencia técnica y asesoramiento sólidos a quienes más lo necesitan.

En su último libro, La edad de los extremos, tras llegar a la conclusión de que el mundo es hoy la unidad operacional primaria en el ámbito económico y que las unidades anteriores, tales como las economías nacionales, han quedado reducidas a lo que él denomina "complicaciones de las actividades transnacionales", el distinguido historiador británico, Eric Hobsbawm, escribe lo siguiente:

"Quizá la característica más notable de las postrimerías del siglo XX es la tensión entre la globalización acelerada y la incapacidad de las instituciones públicas y de la conducta colectiva para acompañarse a esa tensión."

Como seres humanos convocados a Sudáfrica desde todas las partes del mundo para participar en las decisiones sobre el destino de una de esas instituciones públicas, aunque estemos de acuerdo con Hobsbawm, nuestra tarea es demostrar que está equivocado. Considerando la energía colectiva con que los miembros participaron en las negociaciones previas a la Conferencia en Ginebra, así como el éxito rotundo de la ceremonia de apertura del sábado, yo, por mi parte, estoy convencido de que los augurios son favorables.

Una época temerosa

El trasfondo de este esfuerzo colectivo, sin embargo, es un ambiente universal de angustias y temores que atenazan, un miedo a lo desconocido quizás mayor que nunca desde que los primeros viajeros zarparon a mares no explorados hacia tierras desconocidas en búsqueda de tesoros que a menudo resultaron míticos. El miedo es contagioso y puede paralizar. En esto no se

diferencian los gobiernos, aparentemente poderosos, de las personas humildes.

Así como el malestar generalizado lo atiza el miedo, y la posibilidad de una reacción contra la globalización tiene dos causas fundamentales.

La primera es el temor a un futuro incierto, a perder el empleo, a una reducción de salario, a que los países queden marginalizados. La segunda es el sentimiento de injusticia, la sospecha de que una vez más el precio de la globalización lo pagarán los pobres y los débiles.

Contra el temor sólo hay un remedio. Tenemos que demostrar de manera concreta que hay vida después de la globalización. La gente vive mucho más pensando en el futuro que en el presente. Pero la fe en el futuro es sinónimo de esperanza y la esperanza no florece con la injusticia. Al caer las barreras nacionales y al comenzar a forjarse un nuevo mercado unificado la competencia se acentúa. Y la competencia, como cualquier juego, necesita reglas justas y árbitros enérgicos: reglas que permitan a los países y a las personas competir en pie de igualdad, y gobiernos y organizaciones internacionales eficaces que hagan cumplir esas reglas.

A este respecto, al lema adoptado por la UNCTAD en Cartagena en 1992: "Una asociación para el desarrollo" debe dársele contenido real en el próximo período. Asociación significa solidaridad, estar juntos hombro con hombro y ayudar a los menos dotados a hacer frente a una economía mundial más competitiva. La lógica de la competencia ha de equilibrarse con la lógica de la solidaridad.

En esto radica la vocación de la UNCTAD. La UNCTAD debe seguir siendo el guardián de la conciencia de desarrollo del mundo, luchando por una mayor equidad y reduciendo las disparidades entre las naciones. Esas disparidades están creciendo y pueden acentuarse, al menos inicialmente, a causa de la globalización y la liberalización.

Pero esto no es razón para desmayar o para abandonar el reto. Es motivo para aprontar nuevos instrumentos, tales como la tecnología de la información, y nuevas estrategias de desarrollo, en particular para los países menos adelantados, las economías pequeñas y las economías dependientes de los ingresos de exportación de uno o dos productos básicos. Debemos idear nuevos métodos basados en el mercado para movilizar el capital privado y los expertos con miras a crear oportunidades económicas para las personas pobres y para los países pobres del mundo.

Muchos de esos países están aquí en Africa, lo que da especial significado a esta Conferencia. Su creciente vulnerabilidad a las oscilaciones de las fuerzas económicas mundiales debe ser reconocida por las instituciones multinacionales y la comunidad internacional en general, y deben encontrarse soluciones adecuadas y oportunas.

La UNCTAD debe ofrecer cada vez más asesoramiento práctico y apoyo tangible a los países en desarrollo, calibrándolo cuidadosamente según sus diferentes fases de desarrollo y grado de integración en la economía mundial. Al mismo tiempo, la UNCTAD debe guardar su papel de foro universal para

debates y forja de consensos sobre cuestiones de desarrollo, proporcionando a los miembros los necesarios instrumentos intelectuales, mediante buenas investigaciones macroeconómicas orientadas al desarrollo. Una actividad sin la otra sería estéril.

La tarea futura

Pasando a lo que debería específicamente hacer la UNCTAD en el próximo período, cabe trazar, en primer lugar, una útil distinción entre los países en desarrollo que necesitan ayuda para desarrollar sus capacidades de suministro y aquellos que tienen un problema de acceso, ya sea de acceso a los mercados, a los capitales o a la tecnología. La UNCTAD dispone de capacidad propia para trabajar en ambos aspectos. Su función capital es ayudar a los países en desarrollo y a las economías en transición a integrarse mejor y más plenamente en el sistema económico y comercial internacional.

Teniendo presente la Ronda Uruguay y la creación de la Organización Mundial del Comercio, la UNCTAD está singularmente equipada para emprender varias tareas relacionadas entre sí. En primer lugar, para preparar a los países en desarrollo y a los países en vías de adhesión a la OMC, y actualmente hay 29 países que se encuentran en esa situación, ante las nuevas exigencias que tendrán que asumir; para explicar las oportunidades que les proporciona este marco regulador más previsible, y para asesorarles sobre las consecuencias de la globalización y la liberalización.

En segundo lugar, debería encargarse a la UNCTAD la tarea de hacer frente a los problemas de la marginalización y la exclusión, tanto desde una perspectiva macroeconómica como microeconómica. Estas cuestiones no son en modo alguno nuevas. Pero hasta ahora ha faltado en gran medida la voluntad política de hacer algo concreto al respecto. Sería una equivocación histórica que una fuerza destinada a unificar e integrar el mundo terminara por excluir

a pueblos, países y continentes. Los 2.000 millones de excluidos aún no se han beneficiado del éxito universal de la economía de mercado. Pero el mercado, y las fuerzas del sector privado que lo hacen funcionar, pueden y deben utilizarse para integrar a los pobres. El desarrollo sostenible ha sido un aspecto de nuestro trabajo hasta la fecha y debería seguir alentándose y promoviéndose. Ejemplo de ello es nuestro trabajo sobre el comercio y el medio ambiente. A este respecto, estoy convencido de que los aspectos económicos del medio ambiente pronto serán motivo de creciente preocupación e interés para los formuladores de políticas. La UNCTAD podría aportar una útil contribución a los trabajos de investigación que han de realizarse.

Creo también que la UNCTAD debe dar mayor importancia a las inversiones y al desarrollo de las empresas. Son el motor del crecimiento y la única manera de crear puestos de trabajo. La UNCTAD comparte con otros la convicción de que la promoción de la pequeña y mediana empresa en particular es vital para los países en desarrollo. Al mismo tiempo, las empresas transnacionales tienen medios para proporcionar a los países un conjunto incomparable de instrumentos de crecimiento y desarrollo. Como ha señalado la UNCTAD, un número cada vez mayor de estos grandes actores de la escena mundial están radicados en los países en desarrollo.

Ultimamente la relación entre la UNCTAD y la OMC ha sido, para algunos, un interrogante. Las reservas que pudiera haber sobre si hay espacio para las dos organizaciones deberían descartarse. Entre nosotros se están creando y desarrollando vínculos fuertes en el marco de una relación claramente complementaria y de apoyo recíproco. Prueba de este aserto debería ser el programa conjunto de asistencia técnica que el Sr. Ruggiero y yo anunciamos para Africa el pasado viernes.

Es cierto que las organizaciones no gubernamentales, los institutos de desarrollo y otros elementos de la sociedad civil están desempeñando una función cada vez más dinámica en el desarrollo, y que nos incumbe a todos encontrar la mejor manera de integrarlos en el trabajo de la UNCTAD. Espero

sinceramente que esta Conferencia aproveche este momento para darles el lugar que merecen en nuestro trabajo cotidiano por el desarrollo.

Conclusión

En conclusión, permítanme destacar una vez más que tenemos que forjar un consenso sobre una estrategia equilibrada para el crecimiento y el desarrollo.

Debemos tratar de complementar la competencia con la solidaridad, equilibrar la eficacia de los mercados para crear riqueza e innovación con la necesidad de un Estado eficaz que pueda proporcionar el marco jurídico e institucional para el crecimiento, la distribución del ingreso y el desarrollo humano. Debemos reconocer que a cada país le incumbe la responsabilidad primordial de adoptar las políticas macroeconómicas adecuadas que necesite su desarrollo, ya que, como dijo el Presidente de Costa Rica, nadie hará por nosotros lo que nosotros mismos no queramos emprender. Pero si bien esta responsabilidad de tomar el destino en las propias manos es una condición necesaria, no es en modo alguno suficiente. Necesitamos indiscutiblemente una comunidad internacional que proporcione un entorno económico que permita el crecimiento, un espíritu renovado de cooperación para el desarrollo, la asistencia oficial y el alivio de la deuda, en particular para aquellos que no pueden sobrevivir y progresar si se les abandona a sus limitados recursos.

En suma, necesitamos hoy, como hace 32 años, no menos determinación que entonces para hacer frente al reto de la creciente desigualdad, la pobreza absoluta y la desesperanza. Sobre todo, nuestro deber primero y fundamental es para con los más pobres, los países menos adelantados, las economías pequeñas y debilitadas. Para la UNCTAD, y para mí personalmente, es motivo de hondo compromiso moral y cuestión de honor que esos países reciban de nosotros más y mejores servicios, que podamos efectivamente contribuir a la tarea de eliminar la pobreza absoluta e incluso la existencia de una categoría de

países que constituyen prueba indiscutible de que hemos fracasado en la lucha contra las formas más extremas de privación. Como se ha dicho a menudo, seremos juzgados por la forma en que tratemos a los miembros más débiles y vulnerables de la comunidad internacional, y en nuestro caso de la comunidad de la UNCTAD.

Esto me trae de nuevo al tema de la justicia: justicia, sobre todo para este continente en que nos reunimos hoy, Africa, el más marginalizado y sacrificado de los continentes. La violencia, el sufrimiento y la pobreza de Africa es tal vez el mayor y más grave fracaso del siglo XX. Todos estamos en deuda con Africa por lo que hemos sacado de ella durante siglos. Vengo de un país que en gran medida fue construido por el trabajo forzado africano, un país en el que un político conservador, hablando en el Parlamento hace 150 años, dijo: "Africa civiliza a América". Lo dijo en defensa de la institución de la esclavitud. Pero decía la verdad, porque sin el talento, el dolor y el trabajo de millones de africanos, nunca se habría construido la civilización en mi país y en muchos de nuestros países. Nunca hemos devuelto a Africa ni siquiera una pequeña parte de lo que tomamos de ella y me temo que las palabras del poeta T. S. Eliot podrían perfectamente aplicarse a nosotros:

"Todo lo que heredamos del afortunado, se lo debemos al derrotado".

Es hora de empezar a pagar esta inmensa deuda humana y social, que es mucho mayor que la otra, la deuda financiera a bancos y gobiernos. Tenemos que aportar soluciones razonables y prácticas a las necesidades africanas, inspirados por otro gran hombre que dedicó su vida a cuidar a los africanos, Albert Schweizer, quien se describió a sí mismo como "un pesimista de pensamiento, pero un optimista de la esperanza y la acción". Citando de nuevo a Eliot:

"La historia puede ser servidumbre,

la historia puede ser libertad".

Depende de nosotros que esta vez en la historia el hombre se vea libre del hambre, libre de la privación y libre de la enfermedad. Para ello no tenemos que repudiar nuestro pasado. Al contrario, debemos reactivar nuestra inspiración original, nuestra sed y hambre originales de justicia y progreso.

Queremos al mismo tiempo reinventar la UNCTAD y retornar a lo que fue y sigue siendo válido en su pasado. En el futuro, cuando la gente recuerde esta Conferencia de renacimiento de la UNCTAD, espero que digan de nosotros las palabras de T. S. Eliot:

"En nuestro comienzo está nuestro fin, nuestro fin está en nuestro principio".
